

## *Los Inmortales del Momento*

### **Instantes de Octavio**

**S** IEMPRE ESTABA en otra parte aunque nunca dejaba de estar aquí, inasible, yendo y viniendo en el filo del tiempo, de la Historia, y a veces, al mediodía, apoyando el torso en el torso de *ese* fresno, mirando y pensando su pequeña plaza de Mixcoac, la de su niñez, su centro original del mundo; mirando la casona paterna, la pared cuya rajadura era como un sexo femenino abierto al universo; ensoñando una mental y futura geografía de ciudades simultáneas: París que gira inmóvil en torno a la alegórica y alquímica Tour Saint-Jacques, Angkor de lujuriosas figuras entretejidas en la piedra y la selva, Londres fundada cada mañana por las campanadas del Big Ben, Nueva York recorrida por el *subway* febril como por un populoso monólogo interior, Tokio y su bullente noche tatuada de signos en luz de gas neón, Madrid con ecos de metralla y vocerío de No pasarán, y nuevamente Tenochtitlan y la ciudad de México y el Paseo de la Reforma y sus estatuas del liberalismo... y el nocturno patio estudiantil de San Ildefonso... y el mediodía vertical del Zócalo... y otra vez y siempre la placita de Mixcoac... Lugares que son pasos, que son palabras, que son otra vez pasos.

II. Octavio, de ojos andaluces, de manos de indio mexicano, de voz de niño fascinado por las cintas de Moebio que, en la placita de la niñez nunca reencontrada pero nunca perdida, trazan el trompo y las canicas entre los fresnos, en el suelo donde la luz del sol o la de la luna dejan una caligrafía de ramajes.

III. Octavio caminando entre utopías y pesadillas de la Historia sin más armas que el pensamiento y la mirada y la escritura; caminando entre árboles, olas, idiomas, civilizaciones, ideologías, literaturas, pinturas, danzas,

ritos, revueltas, revoluciones, guerras, caminando e interrogando siempre a la quimera o la pesadilla de la Historia desde el efímero y total latido del tiempo: el instante.

IV. Octavio, autor de *El mono gramático*, libro viviente en el que la andadura por el camino de Galta es escritura que interroga al camino y al instante (el instante: latido único y reiterado de esa quimera: la dizque Eternidad); un poema en prosa en el cual las palabras se enlazan, se desenlazan, vuelven a enlazarse y fluyen siempre en un oleaje de ideas e imágenes.

V. ¿Pero cuál sería su palabra-llave? Se diría que es la preposición *entre*, una palabra que es lazo, puerta, lugar de paso, transición, intento de abolición de las distancias y las contradicciones: un latido entre dos latidos.

VI. Y además de la palabra *entre*, una y otra vez se abren aquí y allá en la escritura de Paz los dos puntos ortográficos [:], puertas que dan a otras puertas abiertas al camino de la escritura: al paisaje de las imágenes: a esa arquitectura que en la página nace, se hace, se deshace, se rehace, fluye en un río de signos vivos.

VII. Octavio conversando cada desvelada pero soñadora noche entre Emiliano Breton y André Zapata;

metiendo mujeres de lujosa desnudez en la celda donde Juan de Yepes (apodado San Juan de la Cruz) muere de misticismo ardiente;

enviando fantasmas viriles a la noctidiurna y claustral soledad de Juana Inés, torturada de la Iglesia de Dios;

articulando y desarticulando ideas para que no se petrifiquen en ideologías totales, totalitarias;

diciendo los poemas con la voz menos declamatoria del mundo, la de un tímido actor de sí mismo.

VIII. Octavio –en la conversación, en el recital, en la conferencia– frecuentemente hacía el gesto manual de lanzar al aire una moneda, de echar un “volado” para disparar al aire y al azar la moneda invisible (gesto como el de esa mano que Tamayo dibujó para la portada de *Águila o sol*).

IX. Y la moneda, la palabra, trazaba su curva *entre* arriba y abajo, entre una idea y otra, *entre* una imagen y su contraria, rizando el rizo, trazando un camino de instantes, un fugaz y perenne álbum de tiempo hojeado y ojeado, abriéndose en un rumoroso pasar de páginas, de imágenes, de hojas, de ojos...

X. El instante no existe, pero respira, es tiempo que está y no está, es un latido *entre* latidos o un parpadeo entre parpadeos, y es el colibrí que tras

zigzaguear en el aire se posa en la mano de Octavio y que el poeta, enamorado de las criaturas del tiempo, lo transforma en palabra, que es instante dicho y escrito: otra vez el colibrí volando entre sus alas invisibles de tan veloces.

Y qué extraño que en las páginas de Octavio Paz apenas haya gerundios, porque el gerundio es un estar pasando, es algo *entre* esto y lo otro, es un instante hacia lo eterno... o viceversa, o lo contrario, o lo mismo...

(¿No te parece?, diría él, mientras lanzaba al aire la moneda: la palabra: el colibrí de alas invisibles.)

Domingo, 13 de abril de 2008

**José de la COLINA\***

---

\* José de la Colina (Santander, 1934), hijo de republicanos españoles. Llegó con siete años a la Ciudad de México en 1941. Crítico de cine y escritor, forma parte del nutrido grupo de los intelectuales y escritores hispanomexicanos al que pertenecen también, entre otros, Tomás Segovia, Gerardo Deniz y Angelina Muñoz-Huberman. Destacan entre sus publicaciones: *Cuentos para vencer a la muerte* (1955), *La tumba india* (1959), *Ven, caballo gris* (1959), *La lucha con la pantera* (1962), *Miradas al cine* (1972 y 1997), *Prohibido asomarse al interior* (entrevistas con Luis Buñuel, 1986 y 1996), *Viajes narrados* (1993), *Tren de historias* (1998). En 2004, el FCE recogió su obra de ficción en *Traer a cuento. Narrativa (1959-2003)*. Muy activo en el periodismo cultural, ha sido miembro de los consejos de redacción de *Revista Mexicana de Literatura*, *Plural* y *Vuelta*, subdirector de *Sábado*, de *Unomásuno* y director de *El Semanario Cultural (Novedades)*.

